

Los ANT]e[OJOS de Benjamín

Pilar Burgos



Image not found.

Capítulo 1

Los ANT]e[OJOS de Benjamín

María del Pilar Burgos

□a mis sobrinas □

El día más esperado había llegado; Benjamín tenía lo que tanto había deseado. Pero en el parque de su carita no se hamacaban sonrisas: dos soles verdes tristes se ponían, amontonando lágrimas sobre los toboganes de las mejillas.

A la luz de las nueve velas que esperaban por él sobre el pastel de cumpleaños, Benjamín cerró los ojos y recordó el día en que todo cambió.

Era la hora de la siesta, Sandalio fue el primero en anticipar la visita rascando la puerta con sus enormes patas. Desde lo alto de una silla, vigilando de reajo, maullaba el pequeño Abrojo al compás de Pavadeces: que no una sino diez veces aleteaba alertando la feliz llegada de Pedro.

Como cada tarde a esa misma hora, Benjamín corrió al encuentro llevando consigo a Vencedor: su héroe.

Pronto estaría jugando a la pelota; pronto vería a Juana y su pañuelo de flores llegar junto a Josefina. Y, más allá, en el río, eterna como las tardes de verano, la aventura los mantendría unidos para siempre.

Tras patear la pelota, Pedro cubrió sus ojos: ¡Vencedor volaba por los aires! Intentando alcanzarle, Benjamín tropezó y comenzó a rodar por el barranco. Entre arbustos y manos, Juana, Pedro y Josefina, formaron velozmente una cadena logrando sujetar a su amigo que, con desesperación, veía a Vencedor alejarse en las aguas...

El regreso a casa fue silencioso (tan silencioso que el Sol se durmió sin despertar a la Luna).

A la mañana siguiente, bajo un cielo gris como su ánimo, Benjamín acompañó a su mamá y al pequeño Gonza a la Tienda de Doña Serendipia. A pesar de lo pequeña que era en apariencia, aquella modesta

tienda se había convertido en el corazón del barrio. Grande era el orgullo que inspiraba en los vecinos, tanto en los nuevos como en aquellos que habían crecido en el barrio; como el papá de Benjamín, Federico el artesano; que a sus vecinos propuso unir recuerdos y manos para plasmar en una encantadora marquesina las palabras que a su querida Tienda retratan desde antaño:

«Aquí no siempre encontrará lo que busca. Pero sí lo que necesita.»

Mientras recorría los pasillos abarrotados de mercadería, enceguecido por el enojo que le impedía aceptar las disculpas de su amigo Pedro, Benjamín tropezó con un cesto lleno de revistas viejas: que como aves ahuyentadas del nido desplegaron sus empolvadas alas cayendo desparramadas al suelo. Reconociendo entre los pasillos al sonrojado autor de aquel revoloteo, la mamá de Benjamín pidió amablemente a su hijo que regresara cada cosa a su lugar. Benjamín no comprendía cómo un tropezón podía causar tanto lío; al menos nada se había roto o perdido.

Obedecía con desgano, colocando de a montones las revistas en el cesto; cuando, de repente, entre aquellos ejemplares amarillentos, vio asomar un colorido álbum: cuya portada mostraba al artefacto más increíble jamás visto; resplandeciente, mágico, ¡un par de anteojos fantástico! (que habría de poseer el niño que reuniera todas las figuritas del álbum). Benjamín estaba decidido: aquel sería su premio.

Tal hallazgo había liberado en un instante al monstruo temido por todos los padres: el invencible Antojo. En ocasiones, barricadas de explicaciones conseguían desalentar su ataque. Pero el Antojo era un monstruo impredecible. Los papás de Benjamín tenían que estar atentos, inspirados. Y, lo más difícil: debían estar de acuerdo el uno con el otro.

El Antojo lo sabía.

Durante el último gran enfrentamiento entre los papás de Benjamín y el monstruo, un debilitado acuerdo permitió al Antojo atacar con una destreza inigualable. Su victoria jamás sería olvidada, ya que entre las presas se encontraba el más grande encantador-de-bestias-indomables-naturalista-explorador-y-carismático-poseedor-de-músculos-descomunales que hubiere existido: Vencedor.

Por su parte, el nuevo héroe de Benjamín había conseguido doblemente lo imposible: sobrevivir al ataque de un Antojo y burlar al destino de terminar sus días olvidado en algún rincón. Benjamín no se separaba de él.

Pero Vencedor había desaparecido.

Si enfrentar a un Antojo era una tarea difícil, mucho más lo era rendirse ante el incesante «QUIERO-QUIERO» del monstruo. Y eso es precisamente lo que hizo la mamá de Benjamín: compró el álbum y tres paquetes de figuritas.

«Vendremos por más figuritas, siempre y cuando no pelees con tu hermano», dijo Sol, con firmeza, a su hijo mayor.

«Oh, Gonza...», suspiró Benjamín, resignado, porque las peleas entre los hermanos son inevitables! Desde aquellos Jugueventos hechos por papá, hasta lo que Benjamín llamaba «juguetes de verdad», el pequeño Gonza quería siempre lo que su hermano mayor. Al menos así lo creía Benjamín; que aún se estremecía al recordar la ocasión en que su héroe había caído presa de su hermano: ¡y tantos fueron los garabatos! Y tan grande el enojo que, intentando poner fin a la despareja pelea, Juana cortó su pañuelo de flores haciendo a Vencedor ropas nuevas (que habría de lucir con orgullo hasta aquella tarde junto al río).

Arrodillado frente al cesto de tesoros olvidados, Benjamín prometió que aquel par de anteojos no correría la misma suerte que su héroe (esta vez, guardaría de sus amigos y de Gonza el secreto).

Como cada tarde a la misma hora, Sandalio rascó la puerta con sus enormes patas. Desde lo alto de una silla, vigilando de reojo, maullaba el pequeño Abrojo al compás de Pavadeces: que no una sino diez veces, veinte veces, treinta veces! aleteó alertando la feliz llegada de Pedro.

Pero Benjamín no corrió al encuentro de su amigo.

Sin juegos ni prisa, las tardes fueron acortando sus horas. Las peleas con Gonza dormían en el recuerdo; y en el cuarto del pequeño hermano acampaban (en secreto) los queridos Jugueventos.

Entonces llegó el otoño y las veredas se poblaron de hojas tan diversas y coloridas como las historias que intercambiaban los vecinos y sus escobas; y crujientes como las risas de los niños que no se cansaban de jugar con ellas. Pero las únicas hojas que interesaban a Benjamín por esos días eran las de su álbum; en especial la página número «2» de la que pendía el último rectángulo blanco: el «9». Sin aquella figurita (sin «la difícil»), Benjamín sabía que no habría premio.

Faltando ya pocos días para el cumpleaños de su hijo y esperando animarle con el festejo, apenas vio asomar por la ventana a la luz del día, Sol emprendió el camino a la Tienda de Doña Serendipia.

Al despertar, Benjamín alcanzó a palpar sobre la mesita de luz un paquete de figuritas cerrado como sus ojos. Lo abrió con la prisa de siempre. Tantas veces había visto esas imágenes que la que buscaba pasó frente a él desapercibida.

Desalentado, arrojó sobre la cama la última esperanza de completar el álbum. Fue entonces que, entre «las repetidas», descubrió una figurita distinta (tan distinta que la creyó un error entre todas las figuritas del mundo).

Lo que separaba a Benjamín de aquel increíble premio era un trozo de papel blanco con un «9» estampado en el reverso. Esa misma tarde, al salir de la escuela, Benjamín pidió a su mamá que le acompañara a la Tienda (debía saber si era suyo el premio).

Al llegar a la Tienda comprobó que los Anteojos le pertenecían. «Conserva el álbum —dijo Doña Serendipia—, aún no está completo». Pero poco importaba a Benjamín aquel álbum una vez conseguido el premio. Con los Anteojos puestos miró a su alrededor y vio destellos provenir de todas las cosas donde posaba la vista; las veía con tanto brillo que no tardó en creerlas valiosas. Curiosamente, a través de aquellos cristales nuevos, lo familiar iba adquiriendo el tono amarillento de las fotos viejas.

De regreso en su casa, Benjamín advirtió que todo era del mismo color: el taller de su papá y los inacabados Jugueventos; su cuarto y el de su hermano, todo carecía de brillo. Todo, excepto su álbum. De pronto el aburrimiento se tiñó del color de las cosas conocidas. Intentó quitarse el artefacto pero fue inútil; ya que, sobre su rostro, sólo había un par de temblorosas manos.

«¡Y esto!», exclamó Benjamín contemplando la portada del álbum.

Allí, junto a la imagen del espectacular premio, destellaba la siguiente advertencia:

«Si de estos cristales te quieres deshacer
con el corazón deberás ver»

«Me alegra ver cuánto ha crecido mi amigo desde la última visita. Su visión está muy bien, vayan tranquilos», despidió a los papás de Benjamín el querido doctor Epifanio.

—Me pareció que querías preguntarme algo —dijo a su joven paciente acercando un reluciente frasco de vidrio tan transparente y

limpio que los caramelos que contenía en su interior parecían mantenerse unidos por algún truco de magia.

Benjamín asintió.

— ¿Cómo se ve con el corazón? —susurró tras un breve silencio.

—Primero lo primero —dijo el doctor—: ¿qué es ver con el Corazón?

Desde su primera visita al consultorio, Benjamín veía a su doctor como a un poderoso Mago: con su tabla de letras traviesas que se hacían más y más pequeñas y que sólo la magia de los cristales rescataba de las sombras. Benjamín nunca se cansaba de ver la cara de asombro de sus papás cuando el Mago les ajustaba los lentes.

El «Gran Mago Epifanio» había, además, concedido a Vencedor el poder de la Visión Nocturna; y eso que el doctor no sabía del miedo que a Benjamín producía el tener que apagar la luz de la habitación (tras haber visto a escondidas aquella película de terror).

«Los exploradores, magos y doctores ven cosas que nadie más ve», pensaba el niño que junto a Vencedor y su Visión Nocturna había superado el miedo.

Si alguien le preguntara qué querría ser cuando fuese grande, Benjamín diría sin dudar: «Explorador, Doctor y Mago»; porque —como bien le enseñaran sus papás— podía ser lo que quisiera siempre que en ello pusiera el corazón. Y si «poner el corazón» era la clave, aun desconociendo cuándo o cómo lo haría, como buen explorador sabía que algún día resolvería el misterio; mientras tanto se alegraba de no tener que elegir entre los trabajos con los que soñaba despierto.

Pero los caramelos eran un asunto complicado: sólo unos pocos resultaban ser de su agrado y los envoltorios no arrojaban pistas. Como un enorme racimo de uvas se presentaba aquel amarillento conjunto de dulces ante Benjamín.

—Dulces, a mí me costaba elegir tanto como a tí —dijo el doctor—. Hasta que encontré estos caramelos. ¡Vamos, amigo, déjate sorprender!

—Pero, son todos iguales...

— ¡Claro! ¡Porque los ojos sólo ven una parte! Pero, ¿qué hay del sabor y las sensaciones que evoca? Te contaré un secreto: cada vez que saboreo un caramelo de limón vuelvo a tener siete años; y a verano me saben los dulces de ananá; mientras que los de manzana me recuerdan mi primer viaje al mar... ¡Podría pasar el día saboreando estas deliciosas

Cápsulas de Tiempo!

Benjamín escuchaba con atención al Mago Epifanio. Pensaba en cuál podría ser el sabor de la «cápsula de tiempo» que le llevase de regreso a aquella tarde junto al río. «Sólo uno —se dijo—. Amargo, como haber perdido a Vencedor»

—Pero, volvamos a los nuestro, querido amigo —dijo el doctor—: ver con el corazón es ver más allá de los envoltorios. Y eso es algo que los ojos, por sí solos, no pueden lograr. Te lo dice alguien que los ha estudiado toda la vida y que aún se maravilla ante ellos. Entonces, ¿cómo se ve con el corazón? Imagina que este frasco de vidrio es un poderoso cristal que a grandes y chicos da por igual un poder maravilloso...

— ¿Qué poder? —preguntó Benjamín con gran curiosidad.

—El Poder de La Mirada —respondió el doctor Epifanio.

— ¿La mirada? —Benjamín estaba confundido—, ¿para mirar no se necesita ver?

«No importa de qué anteojos se trate, las personas siempre los olvidan en alguna parte...», murmuraba el doctor Epifanio mientras devolvía al estante una caja en la que Benjamín alcanzó a leer «olvidados».

—Ver es esencial —prosiguió el doctor—; ipero, «con qué», es la pregunta! Piensa en el instrumento, Benjamín, siempre hay un instrumento para ayudarnos a ver. Las lupas y luces aquí en el consultorio, así como los telescopios en el espacio, ayudan a nuestros ojos a explorar cosas que a simple vista no se ven. Y no olvidemos a nuestras maravillosas manos y su capacidad de leer el mundo a quienes no pueden usar los ojos para ver. ¿Sabes qué tienen en común todos estos instrumentos?

—No —dijo Benjamín.

—Nos acercan a lo que nos rodea —explicó el Mago Epifanio—. ¿Y si te dijera que hay un Instrumento que combina lo mejor de todos ellos; y que es tan poderoso que no necesita de nuestros ojos? Te diré más: itan preciso es ese Instrumento que te ha guiado hasta este momento! ¿Sabes cuál es?

— El... ¿corazón? —se animó a decir Benjamín. Después de todo, aquello de «ver con el corazón» era su misterio; y resolverlo era lo único en que pensaba.

Y es que Benjamín nunca había «visto» al corazón de esa manera; como tampoco, hasta ese momento, habían despertado curiosidad en él los pequeños corazones de colores que Juana dibujaba por todas partes (en especial, sobre los Jugueventos). Pero ahora, al recordar cuanto se enojaba con su amiga, algo poderoso impedía que el enojo se adueñara del recuerdo. Algo que la mirada de Benjamín no pudo ocultar:

Una sonrisa.

— ¡Así es, amigo —de pronto dijo el doctor—, ese Instrumento es el corazón! Cierra los ojos, Benjamín, y mira a través del poderoso Cristal de nuestro Frasco: ¡ve cuántos caramelos atesora en su interior! Ahora, elige tu cápsula de tiempo: ¿ves en ella algo que antes no veías?

— ¡Color! —respondió Benjamín sin apartar de Juana el pensamiento.

— ¡Un color tan escondido que ante nuestros ojos pasa desapercibido! —dijo el doctor guiñando un ojo tan grande y curioso como los del niño que tenía frente a sí—. Por fortuna, La Mirada devuelve lo que a simple vista se pierde. Recuerda Benjamín: nada tiene que ver la vista cuando se ve con el corazón.

Debía tener razón el Gran Mago Epifanio; porque ante los ojos semiabiertos de Benjamín el consultorio había vuelto a tener el tono amarillento de las fotos viejas.

Pensando en aquel color escondido y en la Mirada que fuese capaz de regresarle a su héroe y a su amigo, Benjamín tomó un puñado de caramelos; se despidió del doctor Epifanio y fue a reunirse con sus papás.

Una letra se doblaba sobre sí misma; un perro bostezaba y un cocodrilo se acurrucaba sobre el vientre de un delfín: «las nubes están cansadas hoy», suspiró Benjamín empañando el cristal de la ventana. Faltaba sólo un día para su noveno cumpleaños y aún no conseguía librarse de una extraña sensación: desde la aparición de aquellos anteojos, el mundo pasaba ante sus ojos como una película descolorida; que a menudo y sin motivo se detenía en la misma tarde de verano junto al río.

Benjamín sentía nostalgia. Extrañaba a sus amigos con el corazón, la panza y hasta con los pies: que parecían dar la hora con golpecitos en el suelo. Pero nadie llamaba a la puerta. Sandalio, Abrojo y Pavadeces dormían la siesta y Benjamín extrañaba con lágrimas en los ojos.

Nada le habría gustado más que salir a jugar a la pelota con Pedro. La próxima vez que le viera se lo haría saber, pensó. Tomó su cuaderno y la

caja de pinturitas y los colocó sobre la mesa de la cocina a la que también estaban sentados su mamá y el pequeño Gonza. Sintió que era momento de terminar el dibujo que quería obsequiar a Juana. Pero, ¿cómo habría de hacerlo sin distinguir unos de otros los colores?

Al ver que Benjamín iba y venía con la mano sobre las pinturitas sin decidirse a tomar ninguna, Gonza se acercó y colocó un color en la mano de su hermano.

«¿Dónde quieres que lo ponga?», preguntó Benjamín, resignado. Entonces el pequeño Gonza señaló en el dibujo las flores del pañuelo.

Ambos hermanos compartieron el resto de la tarde juntos.

Esa misma noche, Benjamín soñó con Vencedor; que había logrado escapar de su captor para entregar a su amigo un mensaje muy importante:

—Hasta el más pequeño insecto puede proyectar temibles sombras. ¡Lo mismo sucede con los enojos! Me ha tomado mucho tiempo descifrar este Misterio y por ello no he podido venir antes a verte. Pero ahora estoy aquí compartiendo mi hallazgo contigo: cada vez que te aceche un enojo, respira y recuerda que estás viendo una sombra (aquel es su escondite favorito). Con tu linterna de explorador alumbrá al enojo: entonces verás aparecer la risa. ¡No intentes contenerla! ¡Suéltala! ¡Ríe con todas tus fuerzas y al enojo habrás vencido! Porque los enojos carecen de un sentido muy importante...

— ¿Cuál? —preguntó Benjamín.

—¡Sentido del Humor! ¡Palabra de Explorador! —dijo Vencedor vistiéndose intactas las flores del pañuelo.

— ¿Y si Pedro ya no quiere ser mi amigo? Rechacé su pelota favorita; esa, con la que te derribó en el río... Y tampoco acepté sus disculpas...

—Entonces, ofrécele las tuyas.

Benjamín se dijo a sí mismo que eso haría. De pronto oyó un terrible estruendo e inmediatamente vio que se aproximaba a él un gigantesco número ocho arrojando arena por sus dos agujeros. Afortunadamente, Vencedor contaba con su Visión Nocturna: distraería a la bestia hasta perderla en la profunda oscuridad de la selva; porque así habría de proteger a su amigo. Pero, aun cuando es sabido que los héroes y los juguetes burlan al paso del Tiempo, en la arena de los sueños suceden cosas fantásticas: el Tiempo es allí el Rey de las Travesuras. Y, lo mismo que de un Antojo, podía esperar Vencedor de aquel Tiempo

caprichoso: ¡que actuara de manera impredecible! De modo que, antes de agotarlo por completo, procuró ganarle al Tiempo uno de sus preciosos instantes.

Entonces, dijo a su amigo:

—Recuerda, Benjamín: los héroes nos comunicamos en sueños. Siempre que me necesites, aquí me encontrarás.

—Pero yo no soy un héroe.

—Tú eres el héroe de tu hermano —susurró Vencedor antes de perderse en la selva de los sueños.

Aquella no sería la primera vez en que, a mitad de la noche, Gonza abandonara su cuarto buscando dormir con su hermano mayor. Pero, esa noche, un par de bolsas de dormir y linternas más tarde, los hermanos se aventuraron juntos en la arena de los sueños.

Con los ojos cerrados frente a su pastel de cumpleaños, Benjamín advirtió que nada había de descolorido en las imágenes que visitaba en su mente.

«La Mirada devuelve lo que a simple vista se pierde», se dijo a sí mismo a la luz de las nueve velas que por él esperaban.

Entonces un viento fuerte hamacó sonrisas en el parque de su cara...

Al abrir los ojos, Benjamín no pensó en los Anteojos ni en los deseos que había olvidado pedir. ¿Acaso estaba imaginando todos esos colores? Frotó sus ojos y volvió a mirar. Los colores seguían ahí: en la sonrisa de sus papás y en el abrazo de los abuelos; en la compañía de Sandalio, Abrojo y Pavadeces; y en la amistad de Juana, Josefina y Pedro: quienes ceñían un lazo tan invisible como fuerte; como aquella tarde junto al río, como siempre.

— ¡Foto! ¡Foto! —invitó a todos a unirse el papá de Benjamín.

— ¿Y Gonza? —preguntaron Juana y Josefina.

— ¡Seguro que se escondió en el cuarto de Benja! —dijo Pedro haciendo rebotar su pelota favorita en el suelo.

— ¡Gonza! ¡Gonza! —coreaban las palmas de grandes y chicos.

Y en medio de aquel revuelo aterrizó en Benjamín el recuerdo de las palabras de Doña Serendipia:

«Conserva el álbum, aún no está completo»

Benjamín corrió a su cuarto; se arrodilló junto a su cama y por debajo de ella deslizó el brazo. Sin otra guía que la de sus dedos apartó medias, zapatillas y envoltorios de golosinas hasta llegar al álbum. Lo abrió con la prisa de siempre. Buscó la página número «2» de la que pendía el último rectángulo blanco: el «9».

Entonces, como si fuera una pequeña ventanita, desempañó el vidrio la misteriosa figurita y comenzó a llenarse de color...

De aquí para allá la recorrían sus ojos como globos llevados por el viento. La imagen le era cada vez más familiar: banderines y guirnaldas adornando la ventana, el pastel y la mesa iluminada! Conocía esas sonrisas y el calor de esos abrazos. «¡Es mi cumpleaños!», exclamó Benjamín invadido por una sensación extrañamente conocida, tan suave y mullida como esos colchones de chocolate y vainilla que esperaban ser compartidos: sabía que su álbum estaba completo.

Y que había alguien más en la habitación.

Detrás de un rectángulo de papel colorido, se encontraba, de pie, el pequeño Gonza.

Benjamín tomó de la mano a su hermano: juntos le darían el dibujo a Juana.

Llegará el día de compartir con sus amigos la historia del Misterioso par de Anteojos que a las cosas devuelve su verdadero color. Pero, para entonces, muchos pasteles habrán pasado; y tardes junto al río; y pelotazos proyectando viajes y sueños...

Y dibujos de flores se habrán vuelto paseos, y helados, y flores de verdad.

Y para esos amigos de la infancia todo parecerá haber ocurrido en un abrir y cerrar de ojos...

¡Pero todavía es tiempo de jugar!

Y para quienes se preguntan qué es un «Juguevento»: pues piensen en algo tan poderoso como un juguete y divertido como el viento. ¿O era al revés?

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.